



## **Homero en Alejandría: la isla de Faros en los relatos de la fundación**

**(Homer in Alexandria: the island of Pharos in the stories of the foundation)**

Marta Alesso  
Universidad Nacional de La Pampa  
[alessomarta@gmail.com](mailto:alessomarta@gmail.com)

Enviado: 01/02/2019  
Evaluado: 08/02/2019  
Aceptado: 15/02/2019

### **Resumen**

La mención de Faros frente a la costa de Egipto, en distintas fuentes griegas (Estrabón, Plutarco, Ps. Calístenes) que relatan la fundación de Alejandría, es siempre como “isla” (νήσος), aunque nunca nadie la haya visto más que como el extremo de una península que se adentra en el mar frente a la ciudad que lleva el nombre del mayor conquistador de todos los tiempos. No es simplemente una cuestión de transmisión, herencia o circulación literaria y erudita, sino un mecanismo de ratificación de la identidad cuyo alcance es secularmente poderoso, al punto de invalidar incluso la propia realidad: Faros siempre fue una península y nunca fue una isla, pero Homero la denominó “isla de Faros” y así la conocerá la posteridad.

**Palabras-clave:** Faros - Alejandría - Estrabón - Plutarco - Pseudo Calístenes

### **Abstract**

The mention of Pharos in front of the coast of Egypt, in several Greek sources (Strabo, Plutarch, Ps. Callisthenes) which relate the foundation of Alexandria, is always as “island” (νήσος), although nobody has ever seen it more than as the extreme of a peninsula that enters the sea in front of the city that bears the name of the greatest conqueror of all times. It is not simply a matter of transmission, inheritance or literary and scholarly circulation, but a mechanism of ratification of identity whose scope is secularly powerful, to the point of invalidating even reality itself: Pharos was always a peninsula and was never an island, but Homer called it "Island of Pharos" and so will be known by posterity.

**Key-words:** Pharos - Alexandria - Strabo - Plutarch - Pseudo-Callisthenes

La fundación de Alejandría, a principios de 331 a.C.<sup>1</sup>, marca un hito en la historia cultural de occidente. Más de quince ciudades recibieron el nombre del gran conquistador macedonio, pero una sola perduró en la historia y dejó su impronta de metrópolis ecuménica que hereda la cultura helénica de la Grecia clásica. La muerte de Aristóteles, sucedida un año después que la de su discípulo Alejandro, en el 322 a.C., terminó el período clásico y comenzó el denominado período alejandrino o helenístico. El centro de interés de los estudios culturales y la erudición lingüística se trasladó de Atenas a Alejandría. La percepción del mundo griego como una unidad, con la pólis como centro de una dinámica vida política en la que participaban todos los ciudadanos libres, se desintegró rápidamente en sus últimas décadas del siglo cuarto a.C. El antiguo sistema, tanto en el campo político como en el intelectual, en todas sus formas de existencia, desapareció para siempre.

Por esa razón quizá los datos reales o míticos de la fundación de Alejandría se siguieron repitiendo durante siglos, aun perdidas las fuentes de escritores contemporáneos a los hechos<sup>2</sup>. Este trabajo acude a cuatro testimonios en lengua griega, que en orden descendente en cuanto a la fecha de producción son: 1.- Flavio Arriano, quien la documenta en la *Anábasis de Alejandro Magno* unos quinientos años después del suceso; 2.- Estrabón, quien escribe su *Geografía* a caballo del comienzo de la era común; 3.- Plutarco, quien deja constancia en su *Vida de Alejandro*, enfrentada y comparada con la vida de Julio César en *Vidas paralelas*; 4.- Pseudo-Calístenes, quien en su *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* rodea el hecho de circunstancias románticas o fabulosas, propias de la narrativa del siglo tercero.

---

<sup>1</sup> Recomendamos como literatura inicial sobre la fundación de Alejandría el libro de W.V. Harris & G. Ruffini (eds.), *Ancient Alexandria between Egypt and Greece*, Leiden, Brill, 2004; el capítulo de A. Erskine, “Founding Alexandria in the Alexandrian Imagination” en Sh. L. Ager & R.A. Faber, *Belonging and Isolation in the Hellenistic World*, Toronto, University of Toronto Press, 2013; y los artículos de J. P. Martín “Alejandría de Egipto, encrucijada de culturas”, *Oriente-Occidente* 1/1 (1980), 41-62 y de I. Chialva, “Acerca de la historia y la ficción en tres versiones imperiales de la fundación de Alejandría”, *Circe* 16 (2012), 43-56.

<sup>2</sup> Testimonios tardíos citan al historiador oficial de las campañas, Calístenes, sobrino de Aristóteles, a Cares de Mitilene, maestro de ceremonias de la expedición, a Aristóbulo de Casandrea, arquitecto e ingeniero; a Nearco de Creta, almirante de la expedición, quien describió los itinerarios en la India con numerosos apuntes sobre datos botánicos y zoológicos; a Onesícrito de Astipalea, filósofo cínico y timonel de la nave donde viajaba Alejandro; a Ptolomeo Lago, compañero de Alejandro y diádoco de Egipto después de su muerte, a Eumenes de Cardia, secretario encargado de las Efemérides Reales; y a Clitarco, quien compuso, en tiempos de Ptolomeo, una historia novelada conocida como *Sobre Alejandro*. Cfr. I. Chialva, *op. cit.* pp. 43-44, n. 1.

Arriano relata (III 1, 1) que, después de la caída de Tiro en 332/1 a.C.<sup>3</sup>, Alejandro marchó hacia el sudoeste para avanzar sobre Egipto, en ese entonces bajo hegemonía persa (rey Darío III) y para consultar el oráculo de Zeus-Amón en el desierto de Libia. En su camino desde Menfis, donde fue coronado faraón, se detuvo en un lugar distante unos seis kilómetros de Náucratis, en el extremo occidental del Delta, entre el lago Mareotis y el mar. Más adelante (III 1, 5) dice que ese sitio pareció a Alejandro el mejor para fundar una ciudad, y personalmente estableció los puntos principales: dónde se debía construir el ágora y los templos, previendo honrar a los dioses griegos y a la Isis egipcia.

En Egipto ya existían numerosas pero pequeñas colonias griegas y posiblemente una de ella era Rakotis, el pequeño poblado que estaba emplazado donde se fundó Alejandría. La posición geográfica disfrutaba de la ventaja de no estar sometida a las variaciones del Nilo, pero comunicaba con el gran río a través de un canal que corría hacia el lago Mareotis, lo cual facilitaba la llegada de mercaderías hasta el puerto<sup>4</sup>.

Estrabón en su *Geografía* describe la ciudad como le apareciera a un visitante que llega por mar<sup>5</sup>. Es una de las primeras fuentes existentes en la actualidad que habla de Faros en relación con la fundación de la ciudad y afirma que era una isla. “El poeta” (ὁ ποιητής) decía que Faros estaba en el mar, porque antes “no estaba como ahora unida a la tierra egipcia” (οὐχ ὥς νυνὶ πρόσγειον οὔσαν τῇ Αἰγύπτῳ) (XII 2, 4, 35-36). Estrabón hace una defensa de Homero –a quien denomina simplemente “el poeta”– de quienes lo critican (προφέρουσιν) porque ha denominado “de alta mar” (πελαγία) a Faros, porque “nada de lo mencionado sobre Egipto era desconocido por el Poeta” (I 23. 6-7). Estrabón se está refiriendo a Eratóstenes, de quien era un apasionado admirador, salvo en este aspecto del desprecio de Eratóstenes por Homero como geógrafo.

A partir de Estrabón, pero posiblemente proviniendo de una tradición secular, los relatos o menciones de la fundación de Alejandría hacen alusión de manera más o menos detallada a la isla de

---

<sup>3</sup> Hago traducción propia y parafraseo en adelante la edición de Arriano de A.G. Roos & G. Wirth, “Alexandri anabasis” en *Flavii Arriani quae exstant Omnia*, vol. I, Leipzig: Teubner, 1967, 1-390.

<sup>4</sup> Cfr. el capítulo de W. Scheidel, “Creating a Metropolis: A Comparative Demographic Perspective” en W. V. Harris & G. Ruffini, *op. cit.*, pp. 1-32.

<sup>5</sup> Sigo la edición de H. I. Jones, *The Geography of Strabo*. London and New York: Heinemann and Putman, 1924-1932.

Faros. No obstante, en ninguno de los textos de la antigüedad aparece la isla como tal. Solamente en *Odisea* IV 354-357:

Hay una isla de agitadas olas (νῆσος πολύκλυστος) en el ponto  
en frente de Egipto (Αἰγύπτου προπάροιθε) –la llaman Faros–,  
tan lejos cuanto una cóncava nave en un día  
si sopla por detrás sonoro viento puede recorrer.

Estos versos son parte de la narración enmarcada de las aventuras de Menelao en Egipto. En el canto cuarto de *Odisea* se relata el naufragio de Menelao, cuando vuelve de Troya, en la isla de Faros (vv. 351-362), donde se va a producir un diálogo con Idotea (vv. 363-425), quien lo ayuda a capturar de Proteo (vv. 426-459), su padre. Luego de someter al multiforme Proteo (vv. 460-570) para saber su futuro, Menelao deja la isla (vv. 571-586).

Faros es famosa por varios motivos, uno de los más importantes es que allí se ubica la leyenda –que narra la *Carta de Aristeas*– de la traducción milagrosa del texto sagrado de la Torá, por setenta y dos sabios, del hebreo al griego, para lograr la *Septuaginta*, la obra más importante e influyente en la cultura del mundo occidental. En la época en que se escribió la *Carta* (finales siglo II a.C.) ya estaba construido el “dique de mar de siete estadios” (§301) que unía la isla al continente. “Dique” dicen las traducciones al castellano<sup>6</sup>, y dan la idea de que es una construcción por mano del hombre. Pero la palabra en griego es ἀνάχωμα, que es un neologismo o *hápax* que aparece por primera vez en Aristeas, es un compuesto con χῶμα, que refiere a un banco natural de tierra a un promontorio. Es decir, ya en aquella época se trataba de una península y no de una isla. Mi hipótesis es que la isla de Faros *nunca* fue una isla y que la península de Faros se sigue denominando “isla” hasta el día de hoy por influencia del texto homérico en prácticamente todas las narraciones sobre la fundación de Alejandría. El texto de Plutarco, por ejemplo, excede a los anteriores cuando relata que Alejandro, antes de decidir fundar Alejandría en ese sitio tuvo un sueño, en el que se le apareció un anciano de cabellos blancos que le recitaba un pasaje de *Odisea*: “Hay una isla de agitadas olas en el ponto en frente de Egipto –la llaman Faros (Φάρος)–”. El queronense agrega que cuando Alejandro se despertó quiso conocer la isla de Faros y comprobó que en efecto tenía una ubicación privilegiada.

<sup>6</sup> Como la J. Pòrtulas, J., “Carta de Aristeas a Filócrates”, *Revista de la historia de la traducción* 1, 2007, disponible en <http://www.traduccionliteraria.org/1611/esc/biblia/aristeas.htm>. Me baso para el griego en la edición de A. Pelletier, *Lettre d’Aristée a Philocrate*. Paris: Cerf, 1962.

Plutarco parece adjudicar la construcción del dique a una decisión de Alejandro. Por tanto se atribuye su diseño y construcción al arquitecto Dinócrates, que llamó Heptastadio (Ἑπτασταδίων) a esa escollera, por tener una longitud de siete estadios (1295 metros) que une Faros al continente. El istmo que queda en medio define los dos grandes puertos: el Gran puerto hacia el este y el Εὐνοστός (Puerto del buen regreso), hacia el oeste que es el puerto actual de la ciudad. El faro de la isla fue construido unos 50 años después de la fundación por Sóstrato de Cnido, con un fuego continuamente prendido en la cúspide<sup>7</sup>, guiaba a los navegantes que traían mercaderías de lejanos puntos del mundo conocido. El faro fue posiblemente el factor principal para que el pequeño poblado fuera creciendo y enriqueciéndose hasta convertirse en la cosmópolis que recibía en sus muelles mercaderías de toda especie después de haber surcado el Atlántico y el mar Mediterráneo.

El arquitecto Dinócrates trazó el primer plano de la ciudad en damero, es decir con calles paralelas y perpendiculares a la calle mayor que cruzaba la plaza. Desde el inicio estuvo dividida en cinco distritos denominados: alfa, beta, gamma, delta, épsilon. Cuando Alejandro se marchó de Egipto para continuar sus campañas dejó como administrador a Cleómenes de Náucratis. No obstante, Alejandría no fue un centro rico y cosmopolita hasta que asumió el primer Ptolomeo, que construyó un gran palacio de mármol y, enfrente, el Μουσείον, que en su interior comenzó a albergar la inmensa biblioteca. Ptolomeo declaró patrón de Alejandría a Serapis, una divinidad sincrética. Según Tácito, Serapis ya había sido el dios de Rakotis<sup>8</sup>, aunque lo cierto es que la estatua de Serapis, que estaba en el Serapeo era de estilo totalmente griego y con atributos muy similares a los del dios Hades, con una cesta o medidor de grano, que representa el mundo subterráneo y a sus pies un perro que parece Cerbero y una serpiente<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> El faro fue destruido por completo en 1340. Ya había sido severamente dañado por un terremoto en 956 y más aún en 1303. Los datos son aportados por Al-Maqrizi (1364-1442) quien escribió en el siglo XV más de 200 pequeños tratados sobre monumentos y datos históricos de Egipto.

<sup>8</sup> Sobre Serapis, cfr. C. B. Welles, “The Discovery of Sarapis and the Foundation of Alexandria”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 11/3 (1962), 271-298; y J.E. Stambaugh, “Serapis under the Early Ptolemies”, *Études préliminaires aux religions orientales dans l’empire romain* 25 (1972) 61-64.

<sup>9</sup> Arriano (*Anábasis* VII 26, 2) hace una mención de Serapis que toma de las *Efemérides Reales* cuando se relata la muerte de Alejandro y dice que los generales que lo rodeaban en su agonía se preguntaban si era conveniente llevar a Alejandro al templo de la divinidad para suplicar su curación. Esto quiere decir que un dios Serapis ya existía en Babilonia (donde murió Alejandro) o –con menos probabilidad– un santuario portátil de la divinidad acompañó a Alejandro en su expedición.

El poeta y erudito Filetas de Cos fue elegido por Ptolomeo I Sóter como tutor de su hijo nacido en la primavera de 308 a.C. en la isla de Cos. Ptolomeo II Filadelfo, hijo de Berenice I, fue coronado como corregente con su padre en 285 y lo siguió como rey de Egipto desde 283 a 246 a.C. Se casó cuando tenía alrededor de 17 años con su hermana Arsinoe. La educación literaria del joven Ptolomeo –y probablemente la de Arsinoe también– fue completada por su segundo tutor, Zenódoto de Éfeso, discípulo de Filetas. Para educarlo en ciencias fue convocado Estratón, que en Atenas había sido el director del Liceo después de Teofrasto. Zenódoto, un gran estudioso de Homero, fue el primer bibliotecario de la Biblioteca de Alejandría. Fue también el primer editor crítico (διορθότης) de Homero. Cotejó diferentes manuscritos de la biblioteca, desechó o marcó los versos dudosos, alteró algunos hexámetros y es probable que haya sido él quien dividió los poemas homéricos en veinticuatro cantos, utilizando mayúsculas para los cantos de *Ilíada* y minúsculas para *Odisea*<sup>10</sup>.

No hay constancia de que los sabios que posteriormente trabajaron en la biblioteca –como Teócrito, Calímaco y otros– educaran allí a los hijos del soberano, la prestación de enseñanza era voluntaria, pero no estaba abierta al público, sino restringida a unos pocos privilegiados. Lo que interesa a nuestros fines son las tareas de investigación que se llevaban a cabo en el Museo, especialmente las intervenciones en los textos de Homero. Había varias versiones de *Ilíada* y *Odisea* que procedían de distintos lugares, con grandes discrepancias en el número de versos y en la división de los episodios. Podríamos decir que Zenódoto fue el primer editor crítico (διορθότης) de Homero. Aplicó la atétesis o condena al material espurio, aunque no es posible determinar bajo qué principios comparó manuscritos. Suponemos que eligió el que consideró el mejor texto. Es decir, lo más probable es que usara un solo texto existente como base de su edición (y no un *stemma* o árbol genealógico de la obra), nos queda la duda si era el ejemplar elegido era el que seguía con mayor fidelidad al remoto original o arquetipo.

Como ya dijimos, los trabajos de la Biblioteca tienen una gran deuda con el aristotelismo: nace la filología, que por primera vez enfrenta el estudio de la literatura con métodos analíticos y científicos. Las *Pínakes* de Zenódoto y Calímaco le deben mucho a la metodología aristotélica de catalogación

---

<sup>10</sup> Cfr. R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship: From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*, Oxford, Clarendon Press, 1968, pp. 105-122 y L. D. Reynolds & N. G. Wilson, *Scribes and Scholars*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pp. 8-12.

del material<sup>11</sup>. Demetrio de Falero, por su parte, aplicó todo lo aprendido en la escuela peripatética a sus tratados *Acerca de la Iliada*, *Acerca de la Odisea* y *Acerca de Homero*. Francesca Schironi, una de las principales investigadoras en la actualidad sobre los métodos de Aristarco de Samotracia para la edición crítica de Homero en Alejandría afirma que si bien el espíritu y la esencia del trabajo de Aristóteles y el de Aristarco fueron fundamentalmente diferentes, también es verdad que el segundo aplica todos los principios aristotélicos en relación con la ἔκδοσις de Homero<sup>12</sup>

### LA ISLA DE PROTEO EN *LA NOVELA DE ALEJANDRO* DE PSEUDO CALÍSTENES

Una de las fuentes más frecuentadas sobre la fundación de Alejandría es *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* de Pseudo Calístenes<sup>13</sup>, un autor alejandrino anónimo que se conoce como homónimo del historiador *oficial* de las campañas de Alejandro, debido a que Juan Tzezes le atribuyó esta obra al sobrino de Aristóteles que acompañó al conquistador en gran parte de sus campañas. El erudito bizantino Tzezes hizo caso omiso de los rasgos de estilo que denotaban una distancia de cinco siglos entre uno y otro escritor, ya que este segundo Calístenes corresponde indudablemente al siglo tercero de la era común.

Según García Gual<sup>14</sup>, esta obra, denominada usualmente *La novela de Alejandro*, tuvo un éxito asombroso, a pesar de sus deficiencias estructurales y formales y de sus errores en la cronología y ubicación espacial porque acertó con los intereses de un amplio público de la antigüedad tardía y también de la edad media. Y esto, por dos razones principales: la transfiguración de Alejandro en un

---

<sup>11</sup> Πίνακες significa “tablas”, cada tabla etiquetaba un cesto en el que estaba guardado un número de rollos, allí se hacía constar de cada papiro o pergamino el título, tema, nombre del autor y datos biográficos de este. Zenódoto empezó con un método de catalogación de orden alfabético basado en la información de las *Pínakes*. El método fue perfeccionado y establecido definitivamente por Calímaco de Cirene, y continuado por sus sucesores, Apolonio de Rodas y Eratóstenes de Cirene. Cfr. F. J. Witty, “The Pínakes of Callimachus”, *The Library Quarterly* 28/2 (1958), 132-136 y L. Casson, *Libraries in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 38-39.

<sup>12</sup> Cfr. F. Schironi, “Theory into Practice: Aristotelian Principles in Aristarchean Philology”, *Classical Philology* (2009), p. 313.

<sup>13</sup> Consulto las ediciones de L. Bergson, *Pseudo-Callisthenes. Der griechische Alexanderroman. Rezension β*, Stockholm, Almqvist & Wiksell, 1965, y de W. Kroll, *Pseudo Callisthenes. Historia Alexandri Magni*, Berlin, Weidmann, 1958.

<sup>14</sup> Cfr. el Prólogo de la traducción a lengua española de C. García Gual, *Pseudo Calístenes. Vida y Hazañas de Alejandro de Macedonia*. Madrid, Gredos, 1977, p. 10.

personaje fabulosamente mítico y la evocación de parajes exóticos, en los que habitaban criaturas quiméricas. Trabajos más actuales <sup>15</sup> tratan de no catalogar estas creaciones del género paradoxográfico como obras de invención (versus narraciones históricas). Tampoco aplicar la dicotomía de veracidad versus mero entretenimiento, en beneficio de la adecuada percepción del modo en que eran recibidas en la época estas exposiciones de sucesos para nosotros fantásticos. En el marco de esta perspectiva de análisis más novedosa, no se consideran por tanto errores las discordancias o incoherencias de orden toponímico o historiográfico. Por el contrario, se entiende que esta supuesta ignorancia de ubicaciones y distancias puede quizá significar una elección consciente en favor de representar mejor la heroicidad de las acciones y desplazamientos. O puede también ser el resultado de una tradición secular incuestionable –como es el caso que queremos demostrar– respecto de una denominación que se transmitió a través de una fuente literaria fundacional como *Odisea*.

Existieron dos versiones en griego, la recensión  $\alpha$  y la recensión  $\beta$ , que no mencionaríamos aquí, sino fuera que el texto de  $\alpha$  hace aportaciones mucho más detalladas que  $\beta$  en lo que refiere a la fundación de Alejandría, lo que demuestra a nuestro entender, que hubo varias manos autorales superpuestas, lo cual no obsta para que la designación “Pseudo Calístenes” como único autor sea mucho más cómoda. Nos basaremos en la recensión  $\beta$ , más abreviada, pero funcional en relación con el tema puntual que nos ocupa. El Pseudo Calístenes cuenta que cuando Alejandro atraviesa Libia, llega al santuario de Amón, de quien la novela le adjudica filiación. Es decir, Alejandro cree que ha sido engendrado en Olimpia por Amón y no por Filipo.

Alejandro ve en sueños al dios Amón, abrazado a su madre Olimpia y le pide un oráculo que lo guíe acerca del lugar donde fundar una ciudad con su nombre. La visión –Amón anciano con una cabellera de oro y cuernos en las sienes– le indica que debe fundar “una ciudad de gran fama en la isla de Proteo” (πόλιν περίφημον ὑπὲρ Πρωτηίδα νῆσον) y que allí debe establecer como soberano a “Eón Plutonio” (Αἰὼν Πλουτώνιος), quien hará circular en torno de las cumbres de sus cinco colinas

---

<sup>15</sup> Cfr. el artículo de I. Chialva, *op. cit.* y el capítulo de M. Paschalis, “The Greek and Latin Alexander Romance: Comparative Readings” en M. Paschalis *et alii* (eds.), *Ancient Narrative. Supplementum* 8. *The Greek and the Roman Novel. Parallel readings*, Groningen, Barkhuis & Groningen University Library, 2007, pp. 70-102.

al universo infinito”<sup>16</sup>. Después de recibir este oráculo, se preguntaba Alejandro cuál isla era llamada “de Proteo” (Πρωτεύς) y quien sería el dios establecido en ella (I 30).

Cuando Alejandro llegó al sitio en el que iba a emplazar la ciudad, contempló la vasta comarca, que albergaba doce aldeas. Delimitó la extensión de la ciudad, tomando toda la región que pasó a denominarse “región de los alejandrinos” (χώρα Ἀλεξανδρέων). La recensión α se explaya más extensamente, con gran cantidad de topónimos sobre las características del territorio, pero como dijimos, no es necesario consultarla si solo deseamos conocer los detalles principales del emplazamiento. Cleómenes de Náucratis y Nomócrates de Rodas aconsejaron a Alejandro que no fundara una ciudad tan extensa, porque necesitaría muchos pobladores y sería difícil cubrir la demanda de los víveres necesarios. Una ciudad tan dilatada sería difícil de gobernar, se llenaría de disensiones irreconciliables y la muchedumbre sería incontable. Sea verdad o no, esta circunstancia señala la preocupación desde el origen acerca del tamaño desproporcionado que podría adquirir la ciudad, preocupación que no impidió que Alejandría llegara con el tiempo a una dimensión exagerada en la que habitaría una población cosmopolita. En el momento de la fundación, Alejandro se dejó convencer y ordenó a los arquitectos fundar la ciudad con las proporciones más razonables (I 31).

Desde la tierra se veía una isla sobre el mar y Alejandro preguntó cuál era su nombre. Le respondieron que se llamaba Faros, que allí se había establecido Proteo y allí estaba su tumba, que era honrada religiosamente por los vernáculos. Condujeron al rey hacia el santuario y le mostraron el ataúd en que yacía Proteo. Alejandro observó que la tumba se había deteriorado por el paso del tiempo. Ordenó reconstruirla y ofreció luego sus sacrificios al héroe (I 32).

La isla de Faros, mencionada varias veces en esta novela como “isla de Proteo” (Πρωτεύς νήσος), se constituye en emplazamiento paradigmático. La denominación es una clara referencia –una vez más– al texto de Homero, el primer poeta que cita la isla de arena situada frente a la costa de Egipto como residencia del anciano de las profecías. Es posible que en la época helenística el culto a este dios de las mutaciones corporales se cargara de connotaciones que derivaran en transformaciones cósmicas. Pero es evidente que en la mente de los relatores de la fundación de Alejandría funciona

---

<sup>16</sup> Corrijo en algún pequeño detalle la traducción de C. García Gual, *op. cit.*, con la intención de que se entienda mejor el texto.

en el inconsciente el arquetipo homérico y no el de otros autores griegos posteriores ni mucho menos el de escritores romanos. Virgilio, por ejemplo, menciona la isla Cárpatos, situada entre Creta y Rodas, como habitáculo de Proteo, dice que nació en Tesalia y que atraviesa el mar en un carro tirado por hipocampos (*Geórgicas* 387-390).

## HOMERO EN UN SUEÑO: LA VERSIÓN DE PLUTARCO

La *Vida de Alejandro* de Plutarco, escrita poco después del año 110, es, como dice el prólogo a “Alejandro y César” (I 1, 1) de las *Vidas paralelas*, una de las βίοι en las que se retrata un personaje a partir de su “carácter” (ἦθος)<sup>17</sup>. No es en las acciones más conspicuas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que a menudo una acción pequeña, una expresión o una nimiedad, sirven para reflejar mejor los caracteres. Se compara Plutarco con un pintor que para retratar las características de un rostro y las formas de su apariencia elige lo que más representa el carácter, y se preocupa lo menos posible por todo lo demás.

Hecha esta salvedad por la mismísima pluma de nuestro autor, debemos entonces prestar especial atención a los detalles que el queronense eligió para destacar. Como bien afirma Ivana Chialva<sup>18</sup>, el βίος del macedonio está organizado por una lógica narrativa que vincula “palabras y hechos” (λόγοι καὶ ἔργα), esto debe entenderse como una secuencia de causa y consecuencia que pone en relación lo que Alejandro lee (Homero, en primer lugar) con lo que Alejandro hace. La grandeza de sus actos se *alimenta* del esplendor de la παιδεία que lo inspira. La complementariedad de la dupla λόγοι καὶ ἔργα es el rasgo propio del período helenístico, que se materializará en la construcción de la gran ciudad de Alejandría.

Desde joven –afirma Plutarco sobre Alejandro– estaba naturalmente inclinado a las letras, a la lectura y tenía a la *Iliada* “como alimento de la virtud militar” (τῆς πολεμικῆς ἀρετῆς ἐφόδιον). Usaba la denominada *Iliada* “del cofre” (τοῦ νόθου), una copia corregida por la mano de Aristóteles, que ponía siempre junto con su espada debajo de la cabecera de su lecho (8, 2). ¿Qué es esta *Iliada* del cofre? Estrabón (XIII 1, 27) menciona también estas correcciones en la *Iliada* del

<sup>17</sup> Hago una traducción propia, directa del griego a partir de la edición de K. Ziegler, “Alexander” en *Plutarchi vitae parallelae*, vol. 2.2, Leipzig, Teubner, 1968, pp. 152-253.

<sup>18</sup> Cfr. I. Chialva, *op. cit.*, p. 49.

cofre, pero se las adjudica a Alejandro mismo junto con el círculo de Calístenes y Anaxarco y dice que consistían en anotar alguna interpretación. <La *Iliada*> se colocaba después en un cofre que encontró “en el tesoro persa” (ἐν τῇ Περσικῇ γάζῃ), construido “de manera onerosa” (πολυτελῶς).

Plutarco vuelve a mencionar la llamada “*Iliada* del cofre” en *Vida de Alejandro* un poco antes de relatar la fundación de Alejandría (26, 1). Se trata de un arcón procedente de los tesoros arrebatados a Darío. En este lugar usa el término κιβώτιον, es decir, una urna o caja, que le pareció “la cosa más costosa” (πολυτελέστερον) que se usaba para las joyas y demás bagaje de Darío. El rey preguntó a sus amigos qué les parecía lo más valioso que podría guardarse en ella, le respondieron unos una cosa y otros otra, y él dijo que iba a guardar en ella la *Iliada*.

Plutarco continúa su relato con el convencimiento de que Homero no estuvo inactivo ni faltó de colaboración respecto de las expediciones de Alejandro (como si Homero fuera un dios tutelar), porque después de que este se apoderó de Egipto, quiso edificar una ciudad griega, “grande y populosa” (μεγάλη καὶ πολυάνθρωπος) a la que imponer su nombre. Ya casi tenía medido y circunvalado el sitio según el juicio de los arquitectos, cuando dormido, a la noche siguiente, tuvo una visión maravillosa. Se le apareció “un hombre canoso” (ἀνὴρ πολίος), de abundante cabellera y venerable aspecto, se colocó a su lado y le recitó estos versos:

Hay una isla de agitadas olas en el ponto  
en frente de Egipto –la llaman Faros– (*Odisea* 4, 354-355)

Entonces, Alejandro marchó hacia Faros –continúa Plutarco– “que entonces era todavía una isla” (ἡ τότε μὲν ἔτι νῆσος ἦν), estaba situada un poco más arriba de la boca <del Nilo> llamada Canobico (Κανωβικός), y ahora está unida al continente por tierra firme. Cuando vio aquel lugar situado de manera tan ventajosa (porque es una faja como un istmo con una medida adecuada para separar un lago grande del mar, que finaliza en un inmenso puerto) dijo que Homero, tan admirable en todo lo demás, era al mismo tiempo el arquitecto más sabio; y mandó que le diseñaran la forma de la ciudad “en armonía con el lugar” (τῷ τόπῳ συναρμόττοντας).

Hay una contradicción en el texto de Plutarco, como vemos, primero afirma que la isla de Faros en la época de Alejandro “era todavía una isla” (ἔτι νῆσος ἦν) y que “ahora” (νῦν), en la época de Plutarco, estaba unida al continente. Pero luego dice que Alejandro ve ese istmo ya formado, ya

existente, separando las dos grandes masas de agua y diseña en consonancia el contorno de la ciudad como “un gran seno redondo” (κυκλοτερῆς κόλπος) y dentro de esa circunferencia líneas rectas cerca de los bordes, “como el diseño de una clámide” (ὥσπερ... εἰς σχῆμα χλαμύδος). Suponemos que las formas redondeadas corresponden a los dos paños de la capa corta denominada χλαμύς y las líneas rectas eran el broche en forma de aguja que los sostenían en el cuello del soldado. En la Antigüedad era común comparar paisajes con objetos. Diodoro (20, 83) por ejemplo compara la ciudad de Rodas con un teatro<sup>19</sup>.

Prescindiendo de si el relato es veraz o no –porque las reconstrucciones de la primera Alejandría no son de forma redonda sino de contorno rectangular, con calles en cuadrícula– está impregnado de la idealización de una supuesta señalización homérica sobre el enclave más idóneo para una ciudad que otorgaría no solo gloria para su fundador sino para los escritores más egregios del mundo entero.

## LA HISTORIA EN LAS VOCES DE ARRIANO Y ESTRABÓN

La(s) prosa(s) de Arriano y de Estrabón responden al concepto de ἱστορία, tal como se concebía en la época clásica, es decir, entendida como fruto de la observación sistemática y científica. Esto no es óbice para que los 17 enciclopédicos volúmenes de la *Geografía* de Estrabón, por ejemplo, estén plagados de datos falsos, producto de las leyendas y tradiciones, cuando no simplemente de sesgos ideológicos que reflejan su visión etnocéntrica del mundo. No obstante y aunque no parezca posible, las inexactitudes de muchas descripciones son más bien el resultado de su acendrada obcecación en querer demostrar el valor de Homero como fuente geográfica.

Flavio Arriano, en el siglo segundo, redactó su *Anábasis de Alejandro Magno*, tratando de imitar –y por qué no de superar– el estilo de honrosos antecesores como Jenofonte y Tucídides. Si bien no ha faltado quien percibiera un gran influjo de la *Odisea* sobre algunas narraciones de Arriano<sup>20</sup>, encontramos contadas menciones de Homero: que dijo que los escitas eran los más justos de los hombres (IV 1) o que denominaba Egipto –epónimo del país– al río Nilo (VI 1). Arriano organiza con mayor coherencia la travesía de Alejandro antes de fundar Alejandría, según un itinerario

<sup>19</sup> C. Préaux, “Alexandrie et la chlamyde”, *Chronique d’Egypte* 43 (1968), 176-187.

<sup>20</sup> L. Pearson, *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York, The American Philological Association, 1960, pp. 131-135.

geográfico verosímil<sup>21</sup>: avanza hasta Egipto, primero pasa por Menfis, luego funda Alejandría y después se marcha hacia el templo de Amón en el desierto de Siwa. El relato de la fundación no es extenso a pesar de la importancia del evento en el marco de la historia del conquistador. Narra sí (III 2) la anécdota de la demarcación del perímetro de la ciudad con harina, a falta de tierra blanca, era la harina que los soldados transportaban en unos barriles, y con la que dibujaron el contorno circular de la fortificación de la ciudad. Reflexionando sobre esto los adivinos –especialmente Aristandro, el telmisio, que ya en muchas ocasiones anteriores había interpretado a Alejandro con exactitud muchos otros augurios–, vaticinaron que la nueva ciudad sería “feliz” (εὐδαίμονα) por muchas razones, y en especial “por los frutos de la tierra” (ἐκ γῆς καρπῶν εἵνεκα). Arriano, quizá por su formación intelectual (nacido en Nicomedia, a unos 70 kilómetros de Bizancio, pero formado en filosofía en la ciudad de Epiro), siguió durante largo tiempo las preceptivas estoicas de su maestro Epicteto, sobre cuyo pensamiento escribió un *Manual*. Su participación en campañas militares, en la Galia y en Capadocia, lo convirtieron en un avezado historiador militar, que siguió el estilo de Jenofonte y trató de reflejar una investigación paciente y reflexiva sobre los hechos del pasado, en especial, sobre las campañas de Alejandro. No hay hechos maravillosos en su relato y trata de adoptar una noción que más tarde se consideró imprescindible para escribir verdadera historia: el *distanciamiento*, que implementó como garantía indispensable para teñir de objetividad sus crónicas. Para aprehender los acontecimientos y determinar su sentido, no incluyó en la narración de la fundación de Alejandría consideración alguna referida a apariciones prodigiosas de un Homero que señalara la ubicación de la futura ciudad frente a la isla de Faros.

Estrabón, dos siglos anterior a Flavio Arriano y contemporáneo de Plutarco, se valió de sus conocimientos geográficos para escribir una obra ciclópea donde circula no solo el saber topográfico, sino también el histórico, social, antropológico, agronómico e incluso matemático de su tiempo<sup>22</sup>. Estrabón nos aclara que en su época ya no existía Faros como isla. Lo hace cuando afirma que Cataonia, en Capadocia, está atravesada por el Píramo (XII 2, 4), que es navegable y tiene sus fuentes en el centro de la llanura. Hay allí un gran hoyo por el que se puede ver el agua que, después

<sup>21</sup> Cfr. I. Chialva, *op. cit.* p. 46.

<sup>22</sup> F. Prontera, “Strabo’s Geography” en S. Bianchetti, M.R. Cataudella & H-J. Gehrke (eds.), *Brill’s Companion to Ancient Geography. The Inhabited World in Greek and Roman Tradition*, Leiden/ Boston: Brill, 2015, pp. 239-240.

de fluir oculta por debajo de la tierra una larga distancia, asciende a la superficie [...] Cuando sale de las montañas arrastra hasta el mar tal cantidad de tierra que se cuenta que ha sido pronunciado el siguiente oráculo sobre este río: “va a ser que será cuando el Píramo de orillas de plata (ἀργυροδίνης) empujando sus costas a la sagrada Chipre llegue”<sup>23</sup>.

Algo parecido a lo que ocurre allí ocurre también en Egipto –agrega Estrabón–

donde el Nilo sigue transformando el mar en tierra firme mediante la deposición de aluviones y cita a Heródoto (II 5, 1) para mencionar que Egipto es llamado “regalo del Nilo” (δῶρον τοῦ ποταμοῦ) y añade que “el poeta” (ὁ ποιητής) decía que Faro estaba en el mar, pues antes no estaba como ahora junto a la tierra egipcia.

\*\*\*

Hemos seguido una referencia histórico-geográfica, la isla de Faros frente a la costa de Egipto, a través de distintas fuentes griegas. Nos ha interesado precisar el marco textual en que aparece la información. Hemos señalado que la mención de la isla de Faros tiene una función específica cuando la referencia está en un relato sobre la fundación de Alejandría. Faros es siempre mencionada como “isla” (νῆσος) aunque nunca nadie la haya visto más que como el extremo de una península que se adentra en el mar frente a la ciudad que lleva el nombre del mayor conquistador de todos los tiempos. No es simplemente una cuestión de transmisión, herencia o circulación literaria y erudita, sino un mecanismo de ratificación de la identidad cuyo alcance es secularmente poderoso, al punto de invalidar incluso la propia realidad: Faros siempre fue una península y nunca fue una isla, pero Homero la denominó “isla de Faros” y así la conocerá la posteridad.

Los textos homéricos son textos canónicos de la literatura. Pero en honor de verdad en el marco del canon literario griego, *Iliada* y *Odisea* no son consideradas meramente obras literarias, sino que su estatus se acerca más a la sacralidad de la Biblia que a la admiración que despierta un Sófocles, pongamos por ejemplo. Textos como la Biblia o los poemas de Homero no pueden catalogarse como “literarios” o “religiosos”, podríamos denominarlos “textos fundacionales”. La característica

<sup>23</sup> Literalmente “ἔσσεται ἔσσομένοις, ὅτε Πύραμος ἀργυροδίνης/ ἡίονα προχέων ἱερὴν ἐς Κύπρον ἵκηται”. Este oráculo, también citado por Estrabón en I 3, 7, está tomado de los *Oráculos Sibílicos* (IV 97-98), posiblemente por intermedio de Posidonio, donde también lo compara con el Nilo (I 9, 12, *Fragmenta* ed. Theiler)

principal de estos *corpora* es que no pertenecen a una clase social exclusiva ni son propiedad de un nivel intelectual elevado, sino que su conocimiento es transversal a una comunidad entera. Los textos llamados fundacionales responden a ciertas características: ocupan un lugar central en la educación; son el objeto de una actividad interpretativa tendiente a defenderlos de toda crítica; son transmisores de los rasgos identitarios de la comunidad a la que pertenecen. Los ejemplos particulares, como la denominación de la península de Faros como una isla, porque Homero lo ha dicho, son una mera consecuencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- L. Bergson (ed.), *Pseudo-Callisthenes. Der griechische Alexanderroman. Rezension* β, Stockholm, Almqvist & Wiksell, 1965.
- I. Chialva, “Acerca de la historia y la ficción en tres versiones imperiales de la fundación de Alejandría”, *Circe* 16 (2012), 43-56.
- Chlup, R. (2012). *Proclus: An Introduction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- L. Casson, *Libraries in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press, 2001.
- A. Erskine, “Founding Alexandria in the Alexandrian Imagination” en Sh. L. Ager & R. A. Faber, *Belonging and Isolation in the Hellenistic World*, Toronto, University of Toronto Press, 2013.
- M. P. de Hoz García Bellido (trad.), *Estrabón. Geografía*, 6 vols., Madrid, Gredos, 1991-2015.
- C. García Gual, *Pseudo Calístenes. Vida y Hazañas de Alejandro de Macedonia*. Madrid, Gredos, 1977.
- W.V. Harris & G. Ruffini (eds.), *Ancient Alexandria between Egypt and Greece*, Columbia Studies in the Classical Tradition 26, Leiden, Brill, 2004.
- C. Hude, *Herodoti Historiae*, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1970-1972.
- H. I. Jones, *The Geography of Strabo*. London and New York: Heinemann and Putman, 1924-1932.
- W. Kroll, *Pseudo Callisthenes. Historia Alexandri Magni*, Berlin, Weidmann, [1926] 1958.
- J. P. Martín, “Alejandría de Egipto, encrucijada de culturas”, *Oriente-Occidente* 1/1 (1980), 41-62.

- D. B. Munro & T. W. Allen, *Homeri Opera*, Oxford, Clarendon Press, 1978.
- M. Paschalis, “The Greek and Latin Alexander Romance: Comparative Readings” en M. Paschalis *et alii* (eds.), *Ancient Narrative. Supplementum* 8. *The Greek and the Roman Novel. Parallel readings*, Groningen, Barkhuis & Groningen University Library, 2007, pp. 70-102.
- L. Pearson, *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York, The American Philological Association, 1960.
- R. Pfeiffer, *History of Classical Scholarship: From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age*, Oxford, Clarendon Press, 1968.
- A. Pelletier (ed.), *Lettre d’Aristée a Philocrate*. Paris: Cerf, 1962.
- C. Préaux, “Alexandrie et la chlamyde”, *Chronique d’Egypte* 43 (1968), 176-187.
- J. Pòrtulas, J. (trad.), “Carta de Aristeas a Filócrates”, *Revista de la historia de la traducción* 1 (2007).
- F. Prontera, “Strabo’s Geography” en S. Bianchetti, M.R. Cataudella & H-J. Gehrke (eds.), *Brill’s Companion to Ancient Geography. The Inhabited World in Greek and Roman Tradition*, Leiden/ Boston: Brill, 2015, pp. 239-258.
- L. D. Reynolds & N. G. Wilson, *Scribes and Scholars*, Oxford, Clarendon Press, <sup>3</sup>1991.
- A. G. Roos & G. Wirth, “Alexandri anabasis” en *Flavii Arriani quae exstant Omnia*, vol. I, Leipzig: Teubner, 1967, 1-390.
- F. Schironi, “Theory into Practice: Aristotelian Principles in Aristarchean Philology”, *Classical Philology* (2009), 279-316.
- J. E. Stambaugh, “Serapis under the Early Ptolemies”, *Études préliminaires aux religions orientales dans l’empire romain* 25 (1972) 61-64.
- C. B. Welles, “The Discovery of Sarapis and the Foundation of Alexandria”, *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 11/ 3 (1962), 271-298.
- F. J. Witty, “The Pínakes of Callimachus”, *The Library Quarterly* 28/2 (1958), 132-136.
- K. Ziegler, “Alexander” en *Plutarchi vitae parallelae*, vol. 2.2, Leipzig, Teubner, 1968, pp. 152-253.